

## CAPÍTULO DECIMOCTAVO

### DECÁLOGO A MODO DE EPÍLOGO

Norman Cantor, en *The Age of Protest. Dissent and Rebellion in The Twentieth Century* sostuvo que la clase protestante por antonomasia, la clase media, requiere de las crisis del sistema, crisis periódicas (hoy el estado habitual de las cosas) para confrontar a las elites dimitentes cleptómanas, incapaces ya de ningún liderazgo, reproducidas por endogamia, plagadas de incurables taras, morales e ideológicas, autistas o esquizofrénicas, suicidas y mortíferas.

Su protesta es normal hasta que llegan los días de revolución, días en que el régimen radicaliza a las clases medias y en la elite, “minada por sentimientos de culpa”, acaba por caer. Generalmente el ejército o algún político astuto (aliado de éste) llega para establecer una nueva tiranía, como ocurrió con Napoleón, al que Mme de Staël supo descifrar; un innegable espíritu de usurpación y conquista, que dijo Constant, y en el que el honor de Francia finalmente no tenía nada que ver la ambición desmedida de un brillante matemático.

La protesta no es estéril ni resulta ineficaz, y no es preciso insistir en que ha logrado avances, a veces espectaculares, como la independencia de Irlanda de la India, el voto femenino, la erradicación del *apartheid*, la integración racial de los espacios públicos en Norteamérica, la caída del sovetismo checoslovaco, en donde la desazón de los intelectuales y de la gente de la cultura (Havel era teatrista) jugó papel decisivo en la precipitación final al abismo y la extinción por implosión del régimen, pues ahí “el arte y la literatura se hicieron portavoces del *sentimiento* más que del *razonamiento*”, lo que no deja de ser preocupante y ambiguo para lo futuro, en el que los dos ingredientes de la modernidad, el *relativismo* y el *irracionalismo*, seguirán orientando el camino por recorrer, un largo y sinuoso trayecto minado de obstáculos, de sorpresivas curvas y de derrumbes a uno y otro lado del arcén, a izquierdas y derechas por igual.

Habría que recordar que la protesta militar, la de la tropa y reacciones de oficialidad joven, logró la defenestración de los Romanov y ayudó a los propósitos de Lenin, pues 1914-1918 la Gran Guerra fue la Revelación del

rostro del Minotauro, la cara horrorosa del capital en su cruel e implacable lógica, ante la que el sindicalismo de entonces dobló dos veces las manos, cuando no se opuso a la conscripción férrea de los trabajadores, montado en la habitual y viciosa patriotería y después, al fracasar su llamamiento, a la “huelga general”.

Otra manifestación del papel de los soldados del ejército francés, que había paladeado la gloria, la *gloire* de las victorias napoleónicas, y que había quedado atrapado en los infames lodos del Marne, reducido a librar una estéril guerra de trincheras, aberración digna de la pobre (lo es siempre por definición) mentalidad de los Estados mayores, plagados de viciosos y ambiguos señoritos, en mar y en tierra, tipología recurrente y universal. Retobos y malestares intracastrenses son por regla general silenciados, y se pasa sobre ellos rápido como pisando inmundicias que más valdría no mirar. Pero en el caso francés la cosa era inocultable. El honor del lodazar del Somme significaba una agonía interminable. A seis semanas de iniciada la guerra en Francia había perdido 600,000 hombres, digamos cien mil por semana, cuota estremecedora, aunque incapaz de detener a los bravucones regios y palaciegos, indiferentes a todo lo que no fueran sus intereses inmediatos, refractarios a toda solidaridad humana.

Soldado y solidaridad son, como ya se ha visto, términos antagónicos, contrarios y contradictorios, si se me vale esta licencia lógica, y todo en aras de una estupidez sucia, el “honor nacional”, que para los milicos sólo existe como pretexto para disparar, cobarde licencia para matar, arropados en banderas y cornetas, alamares y condecoraciones pueriles.

La herencia que dejaron los motines fue pesada y amarga. Lo que ocurrió en 1917 en el ejército francés se extendió a toda la sociedad como un cáncer voraz; el rencor y la hostilidad del hombre de la calle hacia los políticos, la falta de fe en el destino nacional, el egoísmo, las indolencias e insolidaridades que abrieron la puerta a la invasión y a la derrota en la siguiente guerra, la de Petain y De Gaulle, el escenario de Malraux, pero también el de Brassilach, de Drieu La Rochille, de Montherlant, el gran teatro que representaron la *trahison des clercs* (que ya va por la milésima función ininterrumpida).

Cantor llega a concluir que, “por sí misma, la protesta a no es ni buena ni mala, es un medio común y generalmente efectivo de forzar cambios en la sociedad moderna”.

La mayor parte de las transformaciones políticas y sociales importantes habidas en el siglo XX fueron aceleradas cuando no causadas por los movimientos de protesta.

La protesta es un vehículo tanto de izquierda como de derecha. Las virtudes de un movimiento de protesta en particular *debieron juzgarse tomando en cuenta quienes protestan y cuáles son sus objetivos* (hoy más que nunca con el protagonismo del neofascismo derechista, del integrismo inviable, añejo y nostálgico, del nacionalismo autista, de la crispación de las elites amenazadas en sus privilegios inmerecidos y su *horror vacui* cuando miran el abismo abrirse a sus pies para tragárselas completitas).

La protesta sirve para que la gente insatisfecha, frustrada y desarraigada encuentre, al menos de momento, alguna satisfacción. Los movimientos de protesta ofrecen una evasión de la vida diaria, con frecuencia aburrida y rutinaria, propia de la sociedad industrial. El movimiento también proporciona la satisfacción de participar en un afán colectivo de tipo idealístico. Incluso los miembros del gobierno y de la universidad opuestos a la protesta se sienten liberados de la rutina y —dice Cantor— experimentan un mayor sentimiento de comunidad en el proceso de contraatacar al movimiento protestante. En su momento culminante, la protesta se convierte en una forma de vida (y, a veces en un medio de vida). Un seguro de desempleo, en una pensión vitalicia, una renecura. En México hay tristes ejemplos, encabezados por dos o tres que hicieron de sus tragedias personales un rentable espectáculo (viejos compañeros de la simulación y la connivencia ignaras, mercachifles de sangre, la de sus hijos).

Según el profesor norteamericano, hay dos clases de protesta: “disconformidad intelectual generalizada y rebelión abierta, por una parte y, confrontación organizada, por la otra, en donde la primera es condición para la segunda”.

El paso de la disconformidad intelectual (o, mejor dicho, ética) a la confrontación demanda *correas de transmisión* entre el deber ser y la realidad que lo contradice. El desprestigio universal de los partidos y asociaciones políticas ha sido la causa eficiente de la búsqueda de otros medios y mecanismos más participativos y menos burocráticos; es el reino de las ONG que pueden a veces ser la Quinta Columna de los opresores, validos de sus riquezas, tentadoras y emasculantes.

“De una ideología y de una nueva evaluación cultural surge directamente el movimiento de confrontación, que *se aprovecha de la desmoralización del sistema* y utiliza la nueva retórica cultural en su *denuncia del viejo régimen*”. Sostiene Cantor que la mayor parte de estos movimientos del siglo XX han enfocado el problema de la desigualdad de los trabajadores y de los pobres y *pocas veces, sin embargo, fueron dirigidos por trabajadores*, pues “la protesta —insiste Cantor— es un fenómeno de la clase media (aunque México sea una lamentable excepción pues las medias aquí se han paralizado de temor)”.

“No sólo los portavoces de la protesta intelectual, sino *también los líderes de la confrontación* han sido, casi sin excepción, gente de la *clase media* con buena educación, oportunidades profesionales a su alcance y *mucho tiempo libre*, consecuencia de la *alineación* de la clase media en su ambición de hacerse con el poder que disfruta el sistema”. Añádase a esto la tesis de que todos los movimientos de protesta se centran en cuestiones de tipo moral, y recuérdese que es la burguesía la clase social que más se preocupa de las moralidades, y, así, conclúyase descifrando esta aleación insólita de moral burguesa y de política lodera, en que la primera tiene como tarea hacer menos áspera la realidad político-social, y su fundamento estructural, espejismo reiterado e infértil.

Cantor advierte que “todos los movimientos principales de protesta del siglo XX *se han apoyado en la fuerza*, mucha o poca”. Ésta, si escapa al control de los dirigentes y a la persecución de sus precisos y puntuales objetivos, deviene en revolución, la que entonces se presenta como la única salida posible.

La paradoja es evidente; pues mediante conflictos sanguinarios se busca poner fin al conflicto social. Gandhi vio este dilema pestífero con absoluta claridad al optar por otros medios excluyentes relativamente de violencias, físicas y morales. Después vendría el separatismo y renacería el odio, que acabaría por matar al *mahatma*.

Es perogrullada inolvidable la hibridación de protesta social y medios de comunicación, pues la primera sólo es eficaz a plenitud gracias al vehículo de los segundos, la Red, hoy en primer lugar. “La protesta se nutre de publicidad”, y no es nada sin los medios y, para decirlo claro, es materia vendible, no menos que las historias rosas de la gente del couché. Hoy los barones de las televisoras deben poder competir con las redes, imparables, inextinguibles, que no pueden ser sofocadas, aunque muchos poderosos pretendan ponerlas en sordina.

Desde el ángulo personal, la protesta requiere “una enorme energía y la buena disposición de sacrificar la carrera y la posición social. Por eso la mayor parte de los contestatarios tienen menos de treinta años”. Dice Cantor, además, que “la protesta no es para los viejos”, aunque hoy el profesor de la era de la protesta tendría que encontrar una excepción: los viejos que protestan ante un mundo en que su retiro y jubilación, sus pensiones, es lo que menos importa a la mayoría, obligándolos a salir a la calle a reclamar lo que es suyo que se les escamotea mezquinamente.

Que la protesta engendra protestas es casi una ley en estas cosas, pues “cuando un grupo realiza con éxito una confrontación, esto, inevitablemente, sirve de estímulo a otros grupos”, y con la globalización el fenómeno

imitativo aparece en todo el mundo, y no sólo en el lugar del enfrentamiento y su periferia nacional.

Quizá lo de mayor fertilidad heurística, en el recuento de Cantor, sea su tesis de que los movimientos de protesta del siglo XX pertenecen a una más amplia categoría de la civilización occidental: la fragmentación de la elite.

El disenso, la rebelión y la revolución no han sido por lo general, en la historia de Occidente, el resultado de levantamientos en masa... Las masas se levantan pocas veces —los obreros y campesinos son ignorantes y egoístas y están abatidos y desorganizados— y cuando lo han hecho por su cuenta han sido aplastados por el orden establecido y por los que regentan el poder. Las grandes conmociones nacen casi siempre cuando una parte de la elite —es decir, de las clases educadas y acomodadas— se siente insatisfecha con las oportunidades que se le ofrecen de lograr el poder y “la felicidad personal”, y entonces trata de penetrar por la fuerza en el sistema. Esta tendencia de las elites tiene, al decir de Cantor, un origen remoto en el siglo XII, reforzado en el XVIII: *norma de cambio*, mediante la cual los nuevos grupos prósperos y educados de la sociedad afirman su derecho al poder político en consonancia con su capacidad intelectual y económica.

Un octólogo en vez de decálogo, un listado nomológico cierra la reflexión de Cantor, quien ofrece las reglas para tener éxito en la confrontación directa reproducido aquí *in toto*:

1. *Organiza con cuidado.* Trata de conocer bien las fortalezas y las debilidades de tu persona. Proyecta, con la debida anticipación, todos y cada uno de tus pasos.
2. Plantea las cuestiones que *tengan el mayor atractivo ético* para los demás y no lo que a ti te interesa personalmente.
3. Utiliza *una retórica elemental* de vago contenido pero de *alto voltaje emotivo*. La repetición incansable de epítetos hará que formen parte del lenguaje diario y hasta el sistema los legitimará al usarlos.
4. Publica sin parar *listas de las demandas* y hazlas cada vez más largas.
5. *La fuerza es una técnica inevitable.* Elige los medios (huelgas, sentadas, ocupación de edificios, marchas, quema de símbolos, pedrizas contra la policía, parodias de la autoridad). De lo que aquí se trata es de conseguir *un máximo de publicidad con un mínimo de daño a los estereotipos de la clase media*.
6. *Procura*, por medio de la rudeza, de la violencia y del aumento de las demandas *que el sistema responda con medidas represivas* (en particular con el encarcelamiento, la expulsión, la deportación, la desaparición de personas: *es esencial que la policía (o el ejército) intervenga*). Entonces, proclama que las autoridades se negaron a negociar o no entendieron a razones, que interpretaron mal tu

posición y *que recurrieron a la brutalidad policiaca*. Al llegar a este extremo, puedes ya usar la máxima violencia (asesinatos, motines, venganzas y linchamientos).

7. Pide *la amnistía* puesto que lo que hiciste fue revelar una gran injusticia a la sociedad. *Exige un nuevo gobierno con tu participación* y que se someta a la totalidad de tus demandas. Consiente en aceptar las tres cuartas partes de lo que pedías, más *la humillación pública de los líderes del viejo régimen*.

8. *Proclama un nuevo espíritu de reforma*, una nueva comunidad. Anuncia que estás dispuesto a emprender reformas y a buscar la pacificación pero, comienza a *planear la siguiente* confrontación frente al incumplimiento de las promesas.

¿Cantor, Maquiavelo, Gracián, Bakunin?... ¿Todos a la vez?... ¿Hay otro modo? ¿Thoreau, King, Mandela, Gandhi? Habremos de empeñarnos por encontrar el hilo de Ariadna a fin de lograr salir del laberinto de la inequidad y de nuestro peculiar dédalo de tristona soledad, empapada de sangre fratricida desde la honda herida, aun no cicatrizada, que es la plaza tlatelolca, la de los sacrificios imperdonables no castigados aún por criminal amnesia, la del autoritarismo de ayer, que hoy asoma la cabeza en todos los horizontes de la dura patria nuestra, rehén de las nulidades de sus “elites” depredadoras, cleptómanas e ignorantes.